

## Murcia

Salvador Cortés Ballester, 85 años

Gema Cerezuela, 20 años

### EL RELOJ DE SU CORAZÓN

Cuantas veces al día miramos nuestra muñeca buscando ansiosos nuestro reloj, queremos saber la hora rápido. Nos reímos a una hora, lloramos a otra, caminamos a otra, y así con cada momento de nuestra vida, cada minuto, cada segundo. Entre tanto, os advierto, que los relojes son como los corazones, funcionan hasta que un día se paran, y puede que vuelvan a funcionar, o que se queden parados para siempre; en estos casos son los relojeros, los que los hacen funcionar.

Esta es mi historia, bueno, la historia de un relojero, hijo de un relojero, nacido en Valencia, me atrevería a decir que nació con profesión, ya que desde niño anduvo en el taller de su padre arreglando relojes. Para Salvador Cortés, el protagonista de mi historia, un reloj era mucho más que un indicador del momento del día, era su vida, pasaba horas frente a ellos, y con delicadeza tocaba todas sus piezas, como si de una mujer se tratase, con paciencia, y sabiendo que había que dedicarles tiempo y calma. Y así, Salvador creció entre relojes, unos estaban parados con necesidad de un poco de cariño, y otros funcionaban a las mil maravillas.

Pronto conoció algo que le haría sentir millones de alegrías, y por desgracia amarguras, y pronto entenderán por qué lo describo así, y es que en el amor, todo no es amor. Con este amor, la paternidad llegó a su vida, tuvo tres hijos. Él tenía, por aquel entonces, 28 años, y una larga vida por delante, pero en ese instante todo se vino abajo, e incluso su reloj se paró, su esposa murió.

Consciente de que tenía que seguir adelante, se mudó a vivir a Manresa, y montó un taller de relojería. Allí crecieron sus hijos, y él trabajó sin cesar para que no les faltara de nada. En aquellos años fue maestro de algunos jóvenes que movidos por la ilusión y el fascinante mundo del reloj se iniciaban en el gremio. Con paciencia, fue enseñando a sus aprendices los secretos del oficio, olvidando por completo que su reloj, el de su corazón, ya no media el paso del tiempo.

Todo comenzó a cambiar aquella mañana en el taller, con la visita de un viajante de fornituras y herramientas de relojes, que solía ir al taller del señor Cortés a venderle piezas y demás herramientas.

Salvador no tenía un buen día, y la paciencia se le agotó con facilidad; en un momento de tensión, se dirigió al viajante pidiéndole un trabajo, parecía querer salir de aquel taller como fuera, y estoy segura de que fue el destino, porque el caballero muy amablemente le contestó que andaban buscando a un viajante para la zona del norte de España.

Aquel día su vida dio un giro, como cuando una aguja marca “en punto”, y la otra “y media”, aunque su reloj, no marcaba ni siquiera los segundos.

Como buen padre, dejó a sus hijos a buen recaudo, y se marchó de viajante por el norte de España, y le fue bien, sus hijos crecieron, de hecho, su primogénito siguió la noble profesión, y sus hijas ya no eran tan niñas. Los años pasaban, la vida parecía sonreírle, pero su reloj seguía inmóvil.

Fue su nuevo trabajo el que le llevó a parar a Lugo, donde un día cualquiera volvió a sentir el movimiento de las agujas de su reloj, todas sus piezas al compás, y en ese instante se percató de la presencia de aquella bella mujer que le cambiaría la vida por completo.

Por aquel entonces, Salvador Cortés tenía 45 años, era un hombre joven y atractivo que no pensaba en enamorarse, aunque eso no le importó al amor. Su reloj, comenzó a marcar todas las horas del día, o era el latido de su corazón enamorado el que lo aceleraba, lo que si es cierto, es que el brillo de sus ojos al hablar me dice que se enamoró perdidamente de ella, y que junto a ella vivió momentos inolvidables.

Su vida cambió tanto que se mudaron de Lugo a Murcia, necesitaban solcito y buen tiempo para que floreciera su amor. Ya en la ciudad, Salvador no tardó en montar su taller de relojería en la céntrica calle Platería, de nuevo había vuelto a reparar relojes. También en Murcia ejerció de maestro relojero, algunos de sus aprendices, ahora tienen fabulosas relojerías por la ciudad y alrededores, uno de ellos en El Palmar (Murcia).

Ya en edad de descansar, Salvador cerró su taller, y siguió reparando relojes en casa, y en el taller de alguno de sus aprendices. Pero su mujer cayó enferma, y él se dedicó en cuerpo y alma a ella, cuidándola y dándole todo su amor, pero un día todo se complicó, Salvador enfermó y tuvo que ser hospitalizado unos días. Cuando salió del hospital, se encontró solo, su mujer estaba interna en una residencia, ya que debido a la enfermedad que padecía, no podía quedarse sola en casa.

Salvador solicitó plaza en la residencia para estar junto a su mujer, estando en perfecto estado de salud, él solo deseaba estar junto a su esposa, cuidarla, y hacerle recordar todos los bonitos momentos que habían vivido juntos, para que, a pesar de su enfermedad degenerativa, no olvidara que su marido la amaba y quería estar junto a ella todos los días. Consiguió entrar en la Residencia de Espinardo, se amoldó a su nueva vida, lo importante era su mujer, y cuidarla hasta el último de sus días.

Conocí a Salvador, con dos alianzas en su dedo corazón, al minuto me habló de ella, noté un leve brillo en sus ojos, pero pronto desapareció, y justo en aquél instante supe, que su corazón, ya no marcaba la hora.

Ella ya no estaba.

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Sacó un papelito blanco del bolsillo de su camisa, que decía:

“No revivas el ayer, se ha ido para siempre, concéntrate en lo que está pasando en tu vida, y disfruta el ahora”. ¿Quién no debería leer y releer esta frase, para sacarnos algunos pájaros de la cabeza? sin duda, Salvador, es un caballero de los de antes, pero con mente de los de ahora, porque para él, su meta hoy es vivir el ahora.

Hablando de su experiencia, de su vida, tras insistirme en que anote la frase, me cuenta que para él, la vida tiene nombre de mujer por lo tanto puede ser, buena, regular, o mala. A pesar de su experiencia, sonrío al hablar del pasado, e irradia un aura de serenidad. Salvador, considera que la vida es imprevisible, nunca puedes estar seguro de cómo será, y por eso es tan interesante, añade con ímpetu.

En cuanto a qué es lo más importante, él cree que a su edad es difícil contestar sobre eso, y que dependerá de la persona, seguramente la mayoría me dirían que lo más importante es estar vivo, pero él ve la vida de otra manera, una vida es para vivirla, y para Salvador, vivirla es tener ilusiones y luchar por conseguirlas cueste lo que cueste. La vida es como una carrera de coches te puedes salir de la pista en cualquier momento, pero si alcanzas la meta, te sientes vivo y no digamos si llegas el primero. Y con esta metáfora Salvador me demuestra que aunque el reloj de su corazón este parado, aun tiene mucho que vivir, porque quizás ahora comience otra carrera, y su bólido ya no sea su antiguo “Renault Gordini”, sino su actual “SEAT Toledo”.